

Prólogo
EXHORTACION DE SAN FRANCISCO A LOS HERMANOS Y
HERMANAS DE LA PENITENCIA*

¡En el nombre del Señor!

Los que hacen penitencia

Todos aquellos que aman al Señor con todo el corazón, con toda el alma y la mente y con todas sus fuerzas (cf. Mc 12,30), y aman a sus próximos como a sí mismos (cf. Mt 22,39), y aborrecen sus cuerpos con sus vicios y pecados, y reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y dan los frutos propios de la penitencia (Lc 3,8): ¡oh, cuán dichosos y benditos son aquellos y aquellas que hacen estas cosas y en ellas perseveran!, porque sobre ellos descansará el Espíritu del Señor (cf. Is 11,2) y hará en ellos habitación y morada (cf. Jn 14,23), y son hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras hacen, y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 12,50).

Somos sus esposos cuando el alma fiel se une a nuestro Señor Jesucristo por el Espíritu Santo; somos sus hermanos cuando hacemos la voluntad del Padre, que está en los cielos (Mt 12,50); somos sus madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1 Cor 6,20) por el amor divino y por una conciencia pura y sincera, y lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para los demás por el ejemplo (cf. Mt 5,16).

¡Oh, cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ¡Oh, cuán santo, es tener un tal esposo, defensor, hermoso y admirable! ¡Oh, cuán santo y cuán amado, es tener un tal hermano y un tal hijo, agradable, humilde, pacífico, dulce, amable y más que todas las cosas deseable, nuestro Señor Jesucristo!, que dio su vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15) y oró al Padre diciendo: *Padre santo, guarda en tu nombre (Jn 17,11) a los que me diste en el mundo; tuyos eran y tú me los diste (Jn 17,6). Y las palabras que me diste, se las he dado yo a ellos; y ellos las han aceptado y han creído verdaderamente que salí de ti, y han conocido que tú me enviaste (cf. Jn 17,8). Ruego por ellos y no por el mundo (cf. Jn 17,9). Bendícelos y conságralos (cf. Jn 17,17); también yo me consagro a mí mismo por ellos (Jn 17,19). No ruego sólo por ellos, sino también por los que han de creer en mí por su palabra (Jn 17,20), para que sean consagrados en la unidad, como nosotros (cf. Jn 17,23.11). Y quiero, Padre, que donde estoy yo también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria (cf. Jn 17,24) en tu reino (Mt 20,21). Amén.*



* “Francisco y Clara de Asís. Escritos”; efarantzazu; Vitoria - Gasteiz, 2014.

Los que no hacen penitencia

Por el contrario, todos aquellos y aquellas que no viven en penitencia, ni reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y viven en el vicio y el pecado, y van tras la mala concupiscencia (cf. Col 3,5) y los malos deseos de su carne (cf. Gál 5,16), y no cumplen lo que prometieron al Señor, y sirven corporalmente al mundo con los deseos carnales (1Pe 2,11) y con los afanes de este mundo (cf. Mt 13,22; Lc 21,34) y las preocupaciones de esta vida, engañados por el diablo, cuyos hijos son y cuyas obras hacen (cf. Jn 8,41), son unos ciegos (cf. Mt 15,14), pues no ven al que es la luz verdadera (cf. Jn 1,9), nuestro Señor Jesucristo. No tienen sabiduría espiritual, porque no tienen al Hijo de Dios, que es la verdadera sabiduría del Padre. De ellos se dice: *Su sabiduría ha sido devorada* (Sal 106,27); y: *Malditos los que se apartan de tus mandatos* (Sal 118,21). Ven y conocen, saben y hacen el mal, y a sabiendas pierden sus almas.

Mirad, ciegos, engañados por vuestros enemigos, la carne, el mundo y el diablo, que al cuerpo le es dulce pecar y amargo servir a Dios; pues todos los vicios y pecados salen y proceden del corazón del hombre, como dice el Señor en el Evangelio (cf. Mc 7,21.23; Mt 15,18-19). Y nada tenéis en este mundo ni en el futuro. Pensáis poseer por mucho tiempo las vanidades de este mundo, pero estáis engañados, porque vendrán el día y la hora que no pensáis, que desconocéis e ignoráis (cf. Mt 24,44; 25,13): enferma el cuerpo, se acerca la muerte, y se muere así con muerte amarga (1Sam 15,32). Y dondequiera, cuandoquiera y comoquiera que muere el hombre en pecado mortal, sin penitencia y sin haberlo reparado, si pudiendo hacerlo no lo hace, el diablo arrebata el alma de su cuerpo con tanta angustia y tribulación como nadie las puede imaginar, sino el que las padece. Y todos los talentos y el poder, y la ciencia y la sabiduría (cf. 2Crón 1,12) que creían tener, les serán arrebatados (cf. Lc 8,18; Mc 4,25). Y los dejan a los parientes y amigos; y éstos toman y reparten su hacienda, y dicen luego: «¡Maldita sea su alma, pues pudo dejarnos más y haber ganado más de lo que ganó!» El cuerpo se lo comen los gusanos; y así pierden el cuerpo y el alma en este mundo caduco, e irán al infierno, donde serán atormentados sin fin (cf. Lc 16,24).

A todos aquellos a quienes llegue estas letras, les rogamos, por la caridad que es Dios (cf. 1Jn 4,8.16), que acojan benignamente con amor divino las sobredichas fragantes palabras de nuestro Señor Jesucristo. Y los que no saben leer, háganselas leer con frecuencia; y téngalas consigo con obras santas hasta el fin, porque son espíritu y vida (Jn 6,63). Y los que no hagan esto tendrán que dar cuenta en el día del juicio (cf. Mt 12,36), ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo (cf. Rom 14,10).

